

III

Para el paseante nocturno, el día es la vejez de la noche. Esto se ve claro en los clubs. La luz es el fin del placer. La vida se muere y sale al amanecer con los ojos entornados y la cara contraída. Las muchachas caminan con dificultad, hacen escorzos: solo faltaría alguna cadera rota para completar el paripé. Pero no todo el mundo se resigna. Los descabezados que van de *after* me recuerdan a Valentino. Viejos ultramoreños, con la piel colgandera y la braga náutica marcando paquete octogenario. Se niegan a renunciar a nada. Y me parece bien. Yo me siento un poco igual. La gente en los *after* no tiene constancia del futuro. Llega a dar la impresión de que el tiempo se congela, que no hay posibilidad más allá del submarino. Las persianas apagan el día y conservan los placeres en formol. La mañana se desangra poco a poco. Puede que solo sean drogas.

Los primeros que me sorprenden son los corredores. Yo he sido corredor matinal. Cuando madrugas para correr y bajas a la calle te embarga una sensación de superioridad,

de estar haciendo bien las cosas. Visto desde fuera, son frikis. Me cruzo un hombre de patas duras y corte militar. Lleva un ritmo envidiable. La piel de la colleja le asoma sonrojada entre el pelo y la ropa. En las orejas tiene incrustados unos cascos atómicos, de corredor pro, y aunque no puede hacerme partícipe de su música imagino que es algo agresivo, pesado, duro. Como él.

Poco después, pasa una mujer. Ella tarda más en sacarme distancia. Tiene un trote descoordinado, el culo un poco gordo, las piernas embutidas en *leggings* temblorosos. Se nota que hace poco que empezó a correr, porque no muestra técnica ninguna. Aplaudo su esfuerzo. Peor que correr es empezar a correr. Justo cuando voy a perderla de vista, se detiene y arquea los brazos. No sé si habrá cumplido su rutina o si simplemente se ha dado por vencida. En cualquier caso, ha hecho deporte antes de ir a trabajar. Es un triunfo de la voluntad.

En esta misma ciudad se cruzan dos ciudades, como los señoritos y los pobres de los libros de Baroja. Yo, claro está, pertenezco a la primera, pero no llevo el rostro torpe y satisfecho de los borrachos y los novios. El frutero y el vampiro me resultan igual de lejanos, como autómatas que se mueven por unos resortes que no alcanzo a comprender. En esta madrugada está el pulso de la vida, Madrid, una villa inventada al borde del infarto. Qué cargado viene el aire matinal, y qué liviano sale de mis pulmones.

Llevo un tiempo largo sin dormir. A mi edad, todo se aguanta. No dormir te parte la cara, te la deja de mármol, y la Victoria de Samotracia es tremendamente bella y no tiene ni cara. Así nos paseamos por la vida, con la cara partida y la nariz desnuda apuntando muy lejos. Amo a

las mujeres guapas de narices grandes. La nariz concentra la personalidad, es el núcleo del rostro, lo somete todo a su forma de espolón, se agranda cuando pasa el tiempo y hace de las caras de los hombres viejos un pimiento ensombrecido.

El insomnio confiere además una especie de lucidez. Creo que el insomnio, las resacas y la niñez tienen en común una misma capacidad de asombro. En España la gente duerme muy poco, puede que de ahí venga nuestra obsesión de molinos y gigantes, y esa manía un poco fea de montar trincheras hasta en el patio de vecinos. La siesta, que es una de las costumbres que exporta la imaginaria cañí, es mentira, o como mucho medio mentira; guarda la misma relación que la ensaladilla con Rusia y las coles con Bruselas. Si sucede, normalmente viene a paliar una falta previa, a saber, la combinación de vida social y trabajo sin horarios.

Quiero creer que algún día podré dormir en paz, como un sueco. Me imagino un sueño cuadriculado, fuerte, blanco, un sueño recto, meramente funcional, una nutrición aséptica y tranquila. Sentir una bañera caliente y la soledad total de mi casa, ese silencio que nos invade mientras se desprende el vapor y el pecho se hunde para dentro. Sin sobresaltos, sin pasión. Sería un sueño que ningún poeta 2.0 podría entorpecer ni una lesbiana melancólica admirar. Tan pulcro, que la purpurina de la baba onírica no podría ni rozarlo.

IV

En el trasiego mañanero, surgen como setas jóvenes uniformados de chaqueta y chaleco. Me recuerdan que estoy haciendo algo mal, porque tengo su edad, pero no soy un adulto, no hago de adulto, sigo siendo un niño, ya grande. Lo sé porque van cansados, pero también electrizados, están experimentando la adrenalina del futuro, son una promesa cumplida, el muchacho que jugaba a ¿qué quieres ser de mayor? Llevan la palabra porvenir pintada en las legañas. No les culpo de nada. Dicen anglicismos, progresan y se les cae el pelo. A mí no se me está cayendo el pelo, por suerte, pero tampoco estoy progresando. Sus portátiles, todavía cerrados, van acumulando *mails* y encargos en el fondo de la tripa, y yo sigo mi paseo porque no tengo absolutamente nada que hacer. Fui uno de ellos, igual que ellos fueron dandis alguna vez.

El traje iguala, pero también señala. Quizás el traje imperativo no sea ideal para medirlo, pero el traje, como los calzoncillos, nos habla un libro entero del hombrecito que va dentro. En la vestimenta hay un resumen real de

las personas, y raro es el caso en el que un defecto no se transmuta en corbata, ya sea el engrimiento con patitos o el descuido con el nudo. Hay para todos. Qué espectáculo tan desagradable el de la caspa en las hombreras. O las camisas moradas, grises, fucsia. Los lametazos de gomina que hacen del cabello un sistema montañoso. El dinero, claro está, moldea los gustos y los hábitos, pero la camisa blanca y el peine son recursos universales, patrimonio del buen gusto. Aun así, no es oro todo lo que reluce. También en la otra orilla hay galería de horrores. La tímida patilla gris que escapa al tinte. Dientes excesivamente blanqueados, que no son traje pero me resultan añadidos, pegatinas, un tuneo malicioso de peluca y rayos uva. Las pulseras que dan lustre a las muñecas, convertidas en lastre a una determinada edad.

Me fumo un cigarrillo, mal vicio que comparto con alguno de los jóvenes trajeados, una pequeña licencia que le conceden al futuro cáncer de pulmón que, con toda seguridad, ni se plantean de camino a trabajar. Están obsesionados con llegar, una vez que finalice su trayecto, al deporte de la consultoría. En el hormiguo de este martes no hay ni medio lujo, los jóvenes son todavía peones, por muy fulgurante que resulte su carrera. Toman el metro y se agarran a las barras, tienen cuidado de no meter el pie entre coche y andén. La mochila del colegio ha dado paso al maletín, costumbre de cuero que yo asociaba a los padres y que ahora llevan los chicos de mi edad.

Todavía hay gente que se casa joven, que se pone el pijama ante su mujer o su marido, que ya va cediendo el misterio a las pelotillas del batín. Todo con veintitantos, nosotros, que vamos a vivir cien años, y algunos ya

instalados en la vida conyugal, en el baño común, en una sola pasta de dientes. Desconozco por completo ese artefacto, esa estabilidad, puede que no me considere digno, que tenga frío por dentro y no quiera contagiarme. Hay en los miedos una cierta sinceridad, una certeza irracional que va creciendo y queda pegada como un lunar en los bordes de la cama. Por eso me sorprende recordar que yo estuve enamorado, sí, yo, y que también ansié de alguna forma anclar mi individualidad en algún puerto feliz. Cuando los muslos empiecen a ser blandos, no sé qué voy a hacer.

La calle se pega a los zapatos y yo tengo los míos cargados de paseo. Las mujeres trabajadoras llevan zapatos muy bonitos, y una melena larga, y una blusa clara bajo un abrigo grande color beige. Van igual de rápido que sus compañeros, mirando el móvil o pensando en alguien. Creo que las mujeres piensan más en alguien y los hombres en algo. Verlas tan elegantes, tan guapas, despierta en mí un apetito que creía olvidado, pero se desvanece según llega. Van echando vaho, esta mañana de martes en Madrid se ha despertado fría y a las mujeres les sale un humo neutro de la boca, aprietan el paso y cruzan la calle para llegar con decisión a sus puestos de trabajo. Ninguna se para a contemplar las vistas en el puente de Juan Bravo, pero es que tienen prisa. Yo no.

El amanecer está lanzando su último reclamo. Los taxis cruzan la Castellana y el mundo late como un tren. Creo que ya tengo sueño. Buenas noches.